

GACETA DIGITAL DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS GENERAL JOSÉ MIGUEL CARRERA


**LA NUEVA
AURORA DE CHILE**
¡LUCE BEET POPULOS, SOMINOS EXPELLAT, ET UMBRAS!

Número 48 - Edición especial de Julio de 2020

EL COMBATE de La CONCEPCIÓN

El Héroe Ignacio Carrera Pinto

ALESSANDRI Y CARRERA



Gaceta digital LA NÚEVA AURORA DE CHILE

Representante legal: Ana María Ried Undurraga - Director: José Miguel Alcalde Undurraga

Sub-Director: Domingo Viviani Goycoolea - Sub-Director Editorial: Cristian Salazar N

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS GENERAL JOSÉ MIGUEL CARRERA

Av. Francisco Bilbao 4509, La Reina, Santiago de Chile - (56-2) 277 5730 - josemiguelcarrera.cl - info@ijmc.cl

EL CAPITÁN DON IGNACIO CARRERA PINTO Y LA EPOPEYA DE LOS 77 INMORTALES

Emilio Alemparte Pino

Presentación

En este número queremos recordar al fundador de nuestra revista, don Emilio Alemparte Pino, descendiente directo de doña Javiera Carrera y sobrino del historiador Julio Alemparte, autor de una de las mejores biografías del Prócer. Con su tesón logró dar vida a esta revista digital en 2009, de la que fue gestor y director hasta su muerte ocurrida en 2014.

*Durante este lapso, logró que se editaran 26 Auro-
ras, en las que aparecían sus novedosos artículos.
De entre ellos destacamos la investigación sobre los
Héroes de La Concepción que publicamos en este
número.*

En una casa quinta de Peñaflor, legado que el general Carrera dejó a su descendencia, vivió parte de su infancia el héroe del combate de la Concepción, capitán don Ignacio Carrera Pinto.

Nació el 5 de febrero de 1848, siendo el menor de los ocho hijos nacidos de la unión entre don José Miguel Carrera Fontecilla, hijo del Prócer de nuestra Independencia; y de doña Emilia Pinto Benavente, matrimonio efectuado en la Parroquia del Sagrario el 25 de junio de 1839.

El padre de Ignacio fue uno de los líderes liberales de la revolución de 1851 que, a fines del decenio del general Bulnes, tuvo por objeto impedir el triunfo conservador en las elecciones que llevaron a la presidencia de la



Republica a don Manuel Montt. Fracasado este intento, don José Miguel debió partir al exilio en el Perú, desde donde regresó pocos años después, gracias a una amnistía general decretada por el gobierno. Ya en su país, la pasión política lo llevó a retomar una posición de liderazgo en la fronda liberal y a participar activamente en la contingencia política, cuya consecuencia fue la revolución de 1859 contra el presidente Montt. Al fracasar también ésta, debió refugiarse nuevamente en Lima, lugar donde falleció el 9 de septiembre de 1860. Sus restos fueron repatriados en 1863 y descansan en el mausoleo de sus nietos Fierro Carrera, en el Cementerio General de Santiago.

De lo anterior, se puede entrever que Carrera Pinto tuvo muy pocas oportunidades para conocer y departir con su padre, pues éste debió exiliarse cuando Ignacio

tenía sólo 3 años y falleció cuando nuestro héroe aún no cumplía los 13 años.

No obstante, su infancia en Peñaflores se desarrolló en medio de un ambiente agrícola y, posiblemente, con algunas carencias propias de una familia numerosa y de un padre ausente; aunque no sin un fuerte apoyo familiar que le permitió formar una sólida personalidad ética y moral, un profundo orgullo de familia y un carácter decidido y emprendedor, como lo demostró durante toda su corta vida.

Pocos días después del fallecimiento de su padre, a pesar de su corta edad y siendo un eximio jinete, se inicia en el negocio de animales, ganándose un digno pasar trayendo arreos de vacunos desde Argentina. Sin embargo, llevando alrededor de 10 años en esta actividad y cansado de esa vida nómada, decide buscar otro medio de subsistencia que le permita un pasar más tranquilo y menos sacrificado.

En 1871, siendo patrocinado por don Benjamín Vicuña Mackenna, quien fuera gran amigo y compañero de exilio de Carrera Fontecilla, obtiene Ignacio el cargo de secretario de la Intendencia de Santiago.

El 23 de mayo de 1872, Carrera Pinto es nombrado Pro-

secretario del Consejo Directivo de la Casa del Patrocinio de San José. Sin embargo, acostumbrado a la vida campestre, regresa en 1876 a las labores agrícolas hasta el estallido, en 1879, de la guerra contra Perú y Bolivia.

Su sangre valerosa y la tradición heredada de su abuelo y de su padre, lo impulsan a enrolarse como voluntario en el batallón “Esmeralda”, el 25 de junio de 1879, con el grado de sargento. Esta unidad, convertida ya en un regimiento de línea -el famoso Séptimo de Línea- de 1,200 plazas, participa el 26 de mayo de 1880 en la batalla de Tacna, formando parte de la Primera División del Ejército, comandada por el coronel don Santiago Amengual. En esta batalla, el sargento Ignacio Carrera recibe una herida de bala, lo cual no le impide seguir dirigiendo a sus hombres hasta la derrota total del enemigo. Esta hazaña le valió el ascenso inmediato al grado de subteniente.

Meses después, el flamante oficial es transferido al regimiento “Chacabuco”, Sexto de Línea, junto al cual Carrera Pinto participa distinguidamente, en las batallas de Chorrillos y Miraflores. Con Lima ya ocupada por las fuerzas chilenas, don Ignacio es ascendido a teniente y se le confiere una corta licencia que él aprovecha para ver a su familia en Chile. Al término de dicha licencia, sus hermanos y parientes le dan una cena

Localidad de La Concepción sólo seis años después del combate.





Don Ignacio Carrera Pinto.

de despedida, durante la cual él expresa una premonición de lo que le sucederá más adelante.

Al pronunciar un brindis, Carrera Pinto les dice:

“Voy a la guerra a dejar muy en alto el nombre de mis antepasados, los generales Carrera, o a buscar una bala loca en el combate. Si no vuelvo, por lo menos mi CORAZÓN regresará a Chile”.

En Lima, la situación empeora. El general peruano Andrés Avelino Cáceres se retira a la sierra, reúne tropas dispersas sobrevivientes de la batalla de Miraflores y, apoyado por los curas de las diferentes parroquias, organiza guerrillas indígenas que son comandadas en su mayoría por hacendados de la zona y por algunos oficiales de línea que asesoran, planean y coordinan las operaciones. Esta fuerza pasó a llamarse Ejército del Centro y llegó a tener en algún

momento, a más de mil soldados regulares y alrededor de tres a cuatro mil guerrilleros indios.

El general Patricio Lynch, comandante del ejército de ocupación chileno, envía tres expediciones para acabar con la resistencia de Cáceres, ninguna de las cuales logra su objetivo. La segunda de estas expediciones, comandada por el coronel Estanislao del Cantuyo en la cual participan los regimientos “Chacabuco”, “Esmeralda” y “Lautaro” entre otros, ocupa el extenso valle del río Mantaro, pero se ve obligada a retirarse debido a la falta de alimentos para la tropa, forraje para las bestias y grandes epidemias de tifus y disentería que merman sus filas, las que además son acosadas constantemente por el enemigo.

El teniente Ignacio Carrera, al mando de lo que resta de la 4ª compañía del “Chacabuco”, es asignado para guarnecer el pueblo de La Concepción, distante una media jornada al norte de la ciudad de Huancayo, sede del cuartel general de la División.

Las proféticas palabras pronunciadas frente a su familia durante su licencia en Santiago se ven realizadas el día 9 de Julio de 1882, cuando Carrera Pinto y su compañía se ven rodeados y atacados por tropas del Ejército del Centro, compuestas por alrededor de 600 soldados regulares y más de 1500 guerrilleros indios del general Cáceres.



Los 72 soldados del “Chacabuco”, más uno del regimiento “Lautaro”, sumados a los 4 oficiales que se encontraban en el pueblo, completaban una fuerza de 77 hombres; aunque sólo 67 estaban en condiciones de luchar pues 10 de ellos, incluido el teniente Julio Montt Salamanca, se encontraban enfermos o reponiéndose de diversas epidemias. Aun así, tomaron sus armas y se unieron a la resistencia, peleando por más de 18 horas seguidas, sin dar ni pedir cuartel, ante el embate de las hordas enemigas y sin aceptar la rendición ofrecida al inicio del combate por el coronel Gastó; la que fue rechazada en forma altiva pero serena, por Ignacio Carrera Pinto. La nota del coronel enemigo decía:

“Ejército del Centro, Comandancia General de la División Vanguardia. Concepción, Julio 9 de 1882..

Al jefe de la guarnición chilena de La Concepción Presente.

Contando, como usted ve, con fuerzas muy superiores en número a las que usted tiene bajo su mando y deseando evitar una lucha a todas luces imposible, intimo a usted la rendición incondicional de sus fuerzas, previniéndole que, en caso contrario, ellas serán tratadas con todo el rigor de la guerra.

*Dios guarde a usted
Juan Gastó”*

Carrera Pinto, que había salido del cuartel para recibir al oficial portador de la nota, no tenía papel para escribir la respuesta, razón por la cual pidió disculpas al oficial por tener que escribir al pie y al reverso de lo ya escrito por el coronel Gastó. La respuesta de Carrera fue la siguiente:

“En la capital de Chile y en uno de sus principales paseos públicos, existe inmortalizada en bronce la estatua del prócer de nuestra independencia, general don José Miguel Carrera, cuya misma sangre corre por mis venas; por cuya razón comprenderá usted que, ni como chileno, ni como descendiente de aquel, deben intimidarme ni el número de sus tropas, ni las amenazas del rigor.

*Dios guarde a usted
Ignacio Carrera Pinto”*

El desigual combate se inició a las 2:30 de esa tarde. Carrera ordenó cubrir las cuatro calles que llegaban a la plaza donde se encontraba ubicado el cuartel, junto a la iglesia del pueblo. Cada barricada estaba al man-

Arturo Pérez Canto



Julio Montt Salamanca



Luis Cruz Martínez



do de un oficial. Estos eran los tenientes Julio Montt Salamanca y Arturo Pérez Canto, y el subteniente Luís Cruz Martínez. Sin embargo, la presión de la masa enemiga y los soldados que se descolgaban desde el cerro ubicado inmediatamente detrás del cuartel, obligaron a los chilenos a replegarse a ese recinto. Carrera pidió dos voluntarios para intentar cruzar las líneas enemigas y pedir refuerzos al coronel del Canto en Huancayo. Desgraciadamente, ambos fueron capturados, ejecutados y luego exhibidos frente a los chilenos. Ya no quedaba otra alternativa que seguir luchando y hacer pagar muy caras sus vidas.

Ignacio Carrera fue gravemente herido a las 6 de la tarde, cuando una bala le destrozó el brazo izquierdo. Después de ser entablillado y vendado, siguió dirigiendo a sus hombres. Pasadas las 9 de la noche, se puso al frente de 20 soldados y dirigió una carga a la bayoneta, durante la cual cayó muerto por una bala que atravesó su noble pecho.

En esas condiciones, los chilenos lucharon hasta su exterminio total. Con ellos cayeron también tres mujeres de soldados, un niño de cinco años y un infante nacido esa misma noche durante el combate.

La influencia y el liderazgo que Ignacio Carrera Pinto



ejerció sobre sus hombres se ve retratada en la actitud que ellos tomaron después de su muerte. A las 10 de la mañana del día siguiente, después de haber combatido sin tregua toda la noche, el subteniente Luís Cruz Martínez y cuatro soldados, los únicos sobrevivientes de ese martirio, con sus municiones ya agotadas, fueron nuevamente intimidados a rendirse.

Ya no tenían un cuartel donde guarecerse, pues este había sido incendiado durante la noche. Ahí, de pie frente al enemigo que los rodeaba, se aferraban a sus rifles y miraban desafiantes al adversario. El subteniente Cruz, con solo 18 años, respondió a la intimación de rendición, gritando:

“¡Un soldado chileno jamás se rinde!”



Luego, volviéndose hacia sus hombres, les ordenó:

“¡Cuarta compañía del Chacabuco!,... ¡calar bayonetas!,... ¡a la carga!”

Esos cinco valientes, aun sabiendo que su lucha era imposible, chocaron como un ariete contra el enemigo rompiendo las primeras filas, pero fueron rodeados y masacrados por la indiana sedienta de sangre y de

venganza, al ver a su alrededor los cientos de cuerpos sin vida que dejaron los soldados chilenos en su resistencia homérica.

El mismo día 10 de Julio, la división del coronel del Canto se puso en marcha hacia La Concepción. En la vanguardia iban las compañías restantes del regimiento “Chacabuco”, al mando de su comandante, coronel don Marcial Pinto Agüero.

Como avanzada se designaron dos secciones. Una, compuesta por veinte hombres del Chacabuco, comandada por el capitán Jorge Boonen Rivera. La otra, compuesta por diecinueve hombres del regimiento Lautaro, iba a cargo del capitán Rómulo Correa. El espectáculo que se presentó a estos veteranos soldados, los paralizó de horror ante la vista de los cuerpos desnudos, mutilados y destrozados de los soldados chilenos; así como los de las tres mujeres, del niño y de la criatura recién nacida. Las avanzadas logran capturar algunos indios dispersos, todavía borrachos después de saquear los almacenes del pueblo, los que fueron fusilados en forma sumaria.

El coronel Pinto Agüero, aún estremecido por la suerte corrida por sus hombres, ordena extraer los corazones de los cuatro oficiales y colocarlos en frascos con formol para su conservación. Luego, los cuerpos de todos los soldados chilenos, junto a los de las mujeres y los niños, son trasladados a la iglesia que es incendiada para evitar más profanaciones a los restos de las víctimas.

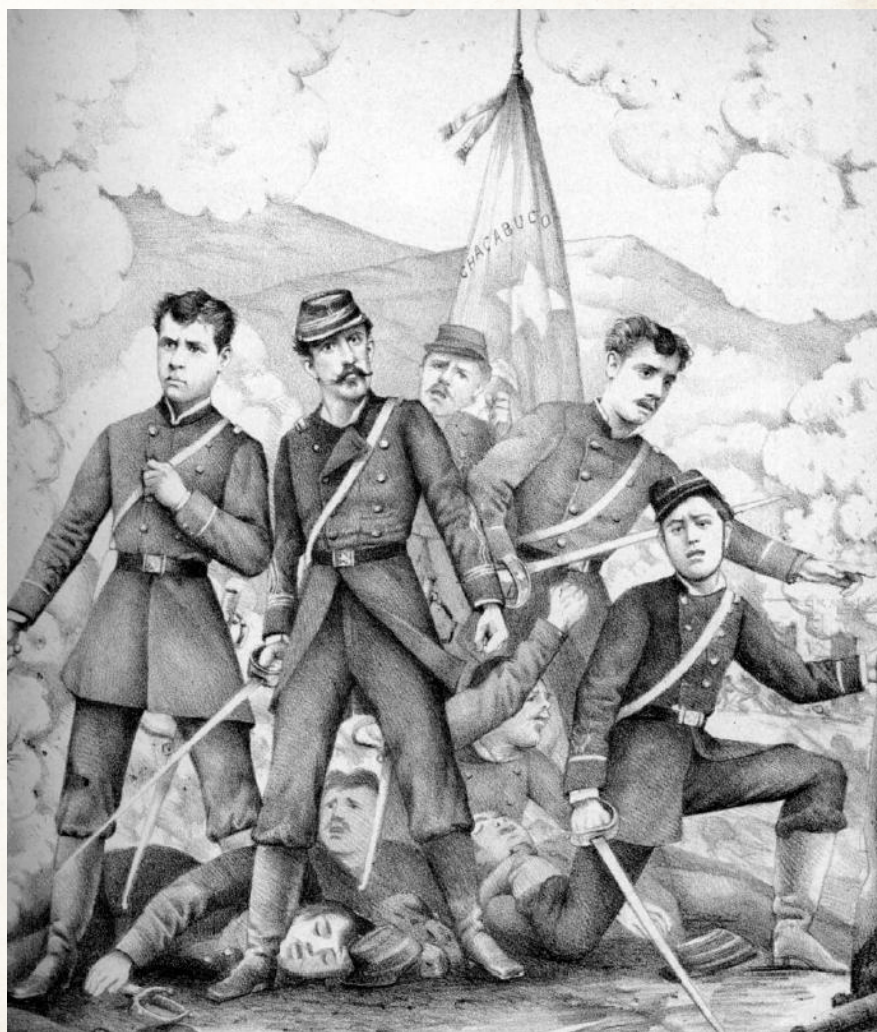
Curiosamente, el teniente Ignacio Carrera Pinto, de 33 años en la fecha de su muerte, no llegó a conocer su ascenso a capitán, a pesar de que los despachos de dicho ascenso habían llegado pocos días antes al comando divisionario. Sin embargo, cumplió la promesa hecha a su familia antes de regresar al Perú:

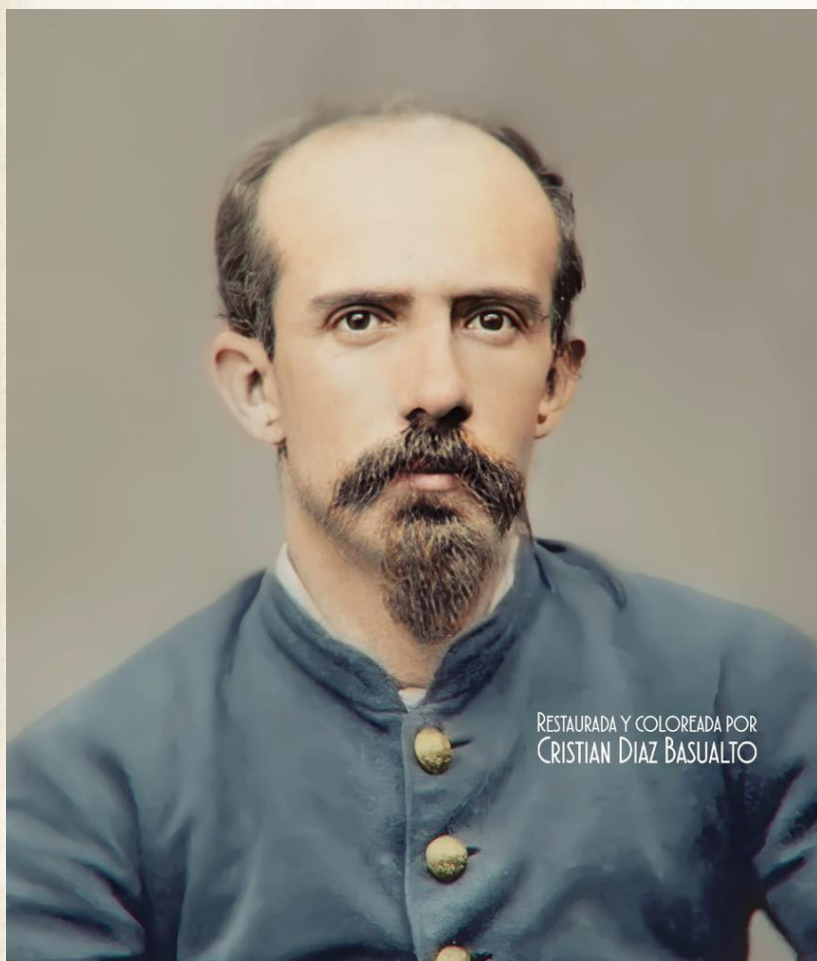
“Si no vuelvo, por lo menos mi corazón regresará a Chile”.

Efectivamente, su corazón, junto al de los otros tres oficiales mártires, es llevado a Lima. En marzo de 1883, son enviados a Chile y depositados en el templo de la Gratitude Nacional, donde reposaron hasta que, en 1901, fueron trasladados con honores al Museo Militar. El 9 de Julio de 1911, son nuevamente reubicados solemnemente en la Catedral Metropolitana, donde descansan hasta el día de hoy.

Posteriormente, el 18 de marzo de 1923, se inaugura en la Alameda de las Delicias, el hermoso monumento a los Héroes de La Concepción, realizado por la escultora Rebeca Matte, que hoy puede ser admirado en el mismo sitio por el pueblo de Santiago.

En 1978, el Banco Central de Chile emite un billete de \$ 1000 con la imagen de Ignacio Carrera Pinto, basada en fotografías de la época. En el centro del billete se exhibe la imagen del ánfora que guarda los cora-





zones de los héroes de La Concepción y en su reverso, el monumento alusivo a esta épica acción que ya ha sido mencionado.

En el año 2011, el Banco Central emitió una versión renovada del billete de \$ 1000 con el retrato de Ignacio Carrera Pinto, basado en el óleo pintado en 1982 por Juan Manuel Huidobro.

Bibliografía:

- Álvaro Castellón Covarrubias; “La Familia del Libertador José Miguel CarreraV.”
- Agustín Toro Dávila; “Síntesis Histórico Militar de Chile”.
- Banco Central de Chile; Folleto informativo editado con motivo de la exposición sobre el héroe de La Concepción (25 de mayo al 29 de julio del 2011).
- Jorge Hinostroza C.; “Adiós al Séptimo de Línea”.
- Arturo Benavides Santos; “Seis Años de Vacaciones”
- Héctor Maldini; “El Príncipe, Vida y Leyenda del Almirante Patricio Lynch”.

IGNACIO CARRERA PINTO, UN JOVEN DECIDIDO

Ana María Ried-Carrera,
Presidenta

Ignacio José, que así fue bautizado, nació el 5 de febrero de 1848 en Santiago, fue hijo de José Miguel Carrera Fontecilla, el hijo menor del Prócer y de Emilia Pinto Benavente, sobrina del Presidente Francisco Antonio Pinto.

Sus padres se casaron en la Parroquia del Sagrario, de la Catedral de Santiago, cuando José Miguel tenía sólo 18 años y Emilia 14. Al saberlo, doña Javiera Carrera comentó “Este tendrá hijos antes de tener bigotes”.

El matrimonio se fue a vivir a un lugar que es hoy la

calle Carmen, y fueron llegando los hijos: Ignacio fue el cuarto de entre los ocho que tuvieron.

Pero el espíritu inquieto de Carrera Fontecilla lo hizo incorporarse a la política, y muy pronto era de los dirigentes liberales contra el gobierno del Presidente Manuel Montt. En 1851, participó en el Motín de Urriola, y fracasado éste, fue apresado junto a Benjamín Vicuña Mackenna, lograron huir de la cárcel vestidos de mujer.

De allí José Miguel se dirigió a La Serena donde fue nombrado intendente y se unió a la Revolución

en Copiapó en 1851, y derrotado nuevamente debió irse a Lima.

Doña Emilia y sus pequeños hijos fueron muy bien acogidos en la casa quinta que tenía en Peñaflores su tía doña Rosa Carrera Fontecilla. En esta propiedad pasaron sus días más felices, la casa tenía un hermoso parque con añosos árboles y una fuente de mármol en la entrada. La circundaba un canal y atrás estaba el Cerro de la Virgen, donde doña Emilia y sus devotas hijas iban a rezar el Rosario. Vicuña Mackenna relata que veía columpiarse en los sauces a los niños y que cabalgaban por los amplios caminos de Peñaflores.

Ignacio fue matriculado en el Instituto Nacional y esto significó para él un duro golpe ya que sólo anhelaba volver a su querido Peñaflores. Debido a esto sus notas no eran buenas, según consta en sus certificados.

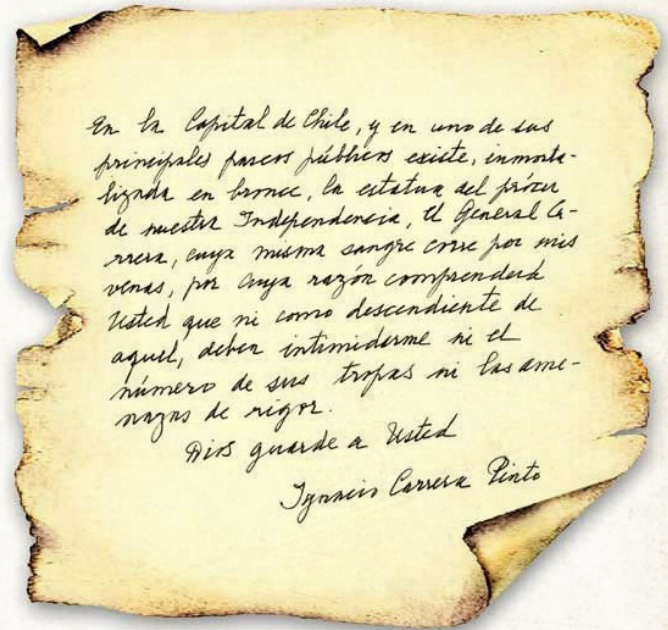
Su padre, don José Miguel, participó nuevamente en la Revolución de 1859 contra el Presidente Manuel Montt, dirigiendo las guerrillas por Chile central, y derrotado fue condenado a muerte, por lo huyó a Lima donde murió de una dolencia hepática en 1860. Ignacio tenía entonces 12 años.

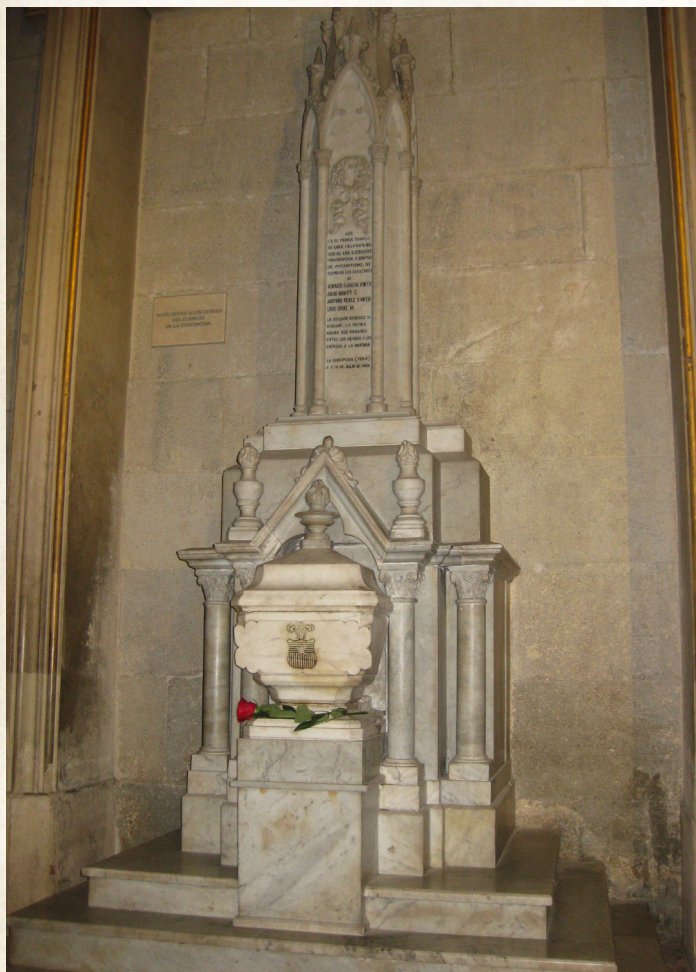
Muy joven decidió trabajar por su cuenta, y aprovechando que era un excelente jinete comenzó a hacer negocios de ganado llevando y trayendo arreos desde Mendoza.

Con esto demostraba su espíritu emprendedor y su carácter decidido desde tan corta edad.

En 1871 Vicuña Mackenna, el gran amigo de su padre, al ser nombrado Intendente de Santiago le da a Ignacio el cargo de Secretario de la Intendencia. Paralelamente entró como voluntario de la Primera Compañía de Bomberos de Santiago. Tenía sólo 23 años.

Cuando estalló la Guerra del Pacífico, decidió enrolarse en el Batallón Esmeralda, que luego se convertiría en el famoso "Séptimo de Línea". Con ellos participó en la Batalla de Tacna donde fue herido, y aún así per-





¿Sabía usted por qué el 9 de julio se celebra el Juramento a la Bandera en todo Chile?

La bandera del Combate de La Concepción, fue encontrada aún ondeando en su lugar, por la División del coronel Estanislao del Canto, al día siguiente del sangriento combate en que perecieron los 77 chacabucanos. Esta enseña se exhibe actualmente en la Escuela Militar.



maneció en su puesto. Transferido al Regimiento Chacabuco se le concedió licencia para ver a su familia que lo recibió con júbilo, y su tía Enriqueta Pinto, que era la esposa del Presidente Bulnes, le tenía un escapulario finamente bordado con la imagen de la Virgen del Carmen, y él le dijo que siempre lo llevaría sobre su corazón.

Al volver a Lima, la resistencia peruana al mando del General Avelino Cáceres había organizado poderosas guerrillas indígenas en la sierra peruana y el Regimiento Chacabuco fue designado para marchar sobre ellos. Ignacio, siempre amable y servicial, era admirado por su acendrado catolicismo y le decían “el mocho”, cariñoso sobre nombre que recibían los hermanitos legos de los conventos de monjes.

Siempre entusiasta, inventaba pequeñas obras de teatro para divertir a sus compañeros, como el famoso “Juicio a una cabra”, en esa ocasión los soldados encontraron a una cabra y la llevaron a su presencia pues querían comérsela. Él improvisó un juzgado con defensores y acusadores, quienes determinaron condenarla a muerte... y se la comieron.

Su amor a su madre y hermanos está reflejado en las cartas que se conservan en el Museo del Carmen de Maipú. Su amor a la patria y su carácter quedaron contenidos en la respuesta que le dio al coronel peruano que lo invitaba a rendirse el día 9 de julio de 1882, cuando escribió:

“En la capital de Chile y en su principal paseo público existe inmortalizada en bronce la estatua del Prócer de nuestra independencia, el General don José Miguel Carrera, cuya misma sangre corre por mis venas; por cuya razón comprenderá usted que, ni como chileno, ni como descendiente de aquel, deben intimidarme ni el número de sus tropas, ni las amenazas de rigor.

Dios guarde a usted,

Ignacio Carrera Pinto”.

Y tal como lo predijo, su corazón volvió a Chile, envuelto en el escapulario.

DON ARTURO ALESSANDI Y SU VISIÓN SOBRE EL GENERAL CARRERA

Jorge Ubilla Zúñiga
Director

El 3 de mayo de 1944, el Director de la Escuela de Artes y Oficios de Santiago de Chile, Don Manuel Rodríguez Valenzuela, escribió a Don Arturo pidiéndole que diera en el establecimiento unas charlas sobre Cultura Histórica Chilena.

Pocos días más tarde el señor Director, acompañado de algunos profesores, lo visitaron para formalizar la proposición y tener la aceptación de Don Arturo Alessandri para dar estas conferencias, cosa que se concretó en esa reunión y se fijó como fecha inicial el 3 de Junio de 1944.

El propósito era dar solamente unas dos a tres conferencias, pero la atención con que los alumnos y el público participó y la importancia de la materia tratada hicieron que estas se transformaran en un total de 14.

El éxito de aquellas veladas inolvidables indujo a la Editorial Orbe a solicitar al señor Alessandri los originales de sus apasionados trabajos a fin de recogerlos y publicarlos, lo que se concretó en dos volúmenes titulados "Chile y su Historia", en una edición en 1945.

Estas conferencias fueron tomadas taquígraficamente ya que Don Arturo no dispuso de tiempo necesario para hacer apuntes o escribirlas, razón por la cual debió corregirlas con



detención para darlas a la publicidad.

En estas charlas al referirse a la construcción del Templo a las Glorias de la Patria, para dignificar el recuerdo y personalidad de O'Higgins es que se permite precisar lo siguiente:

"En nombre de la justicia histórica, yo me permito avanzar mi modesta opinión. En este Templo, junto a O'Higgins, debe estar don José Miguel Carrera.

Y, perdóneseme si debo repetir palabras, ideas conceptos sobre la actuación de Carrera. Me es necesario proceder así para justificar

ampliamente mi opinión sobre el acto de justicia que reclamo".

Se dice que Carrera fue un revoltoso, que fue un revolucionario incorregible.

Pues bien, analicemos con imparcialidad las revoluciones en que intervino José Miguel Carrera.



4 de septiembre de 1811. Gobernaba en Santiago una Junta de Gobierno, la establecida el 18 de septiembre del año anterior, presidida por don Mateo de Toro Zambrano. En esta Junta de Gobierno no figurabamás que un hombre que perseguía la libertad: don Juan Martínez de

Rozas. Los demás todos estaban muy contentos con haber organizado la Junta de Gobierno para mantener la soberanía y defender al querido monarca Fernando VII. Así lo dijeron Argomedo e Infante. Sostuvo la misma tesis Camilo Henríquez, aquel gran forjador de la independencia y de la libertad, en un sermón en que expresó:

“Nosotros, señores queremos mantener incólume el Gobierno de Fernando VII y nos adherimos a la Junta de Cádiz.”

En cambio, Carrera, que había peleado en el Ejército español, que había sido herido en la lucha con los franceses, que había alcanzado por su valor el grado de Mayor de “Húsares de Galicia”, se valió de mil argucias, lo venció todo, se embarcó y vino a Chile, para luchar por la independencia de su Patria tan pronto como se impuso de los sucesos que aquí ocurrían.

¿A qué vino? ¿A luchar por mantener la soberanía de Fernando VII? No; había visto en España el estado de descomposición en que se encontraba aquel país y creyó que era el momento oportuno para aprovecharlo y establecer la libertad y la independencia definitiva de su patria, para evitar que dependiera de un soberano extranjero, para que fuera gobernada por sí misma, por un gobernante nacido en su propio suelo. A eso venía Carrera. Impulsado por tales sentimientos llegó a Chile y se encontró con una Junta que no hacía nada. Martínez de Rozas se encontraba bloqueado por sus compañeros. El 4 de Julio había instaurado el primer Congreso Nacional, había pronunciado un interesante discurso; pero sólo lo acompañaba un pequeño grupo de radicales, así se llamaban los que querían la independencia definitiva de Chile. No tenía elementos en el Congreso, no podía hacer nada y, entonces desilusionado, se fue a Concepción para proclamar allá la in-



dependencia, para buscar hombres que estuvieran dispuestos a luchar por la libertad. En estas circunstancias llegó Carrera, que venía dominado también por estos grandes ideales, y es natural que al ver a esa gente que no hacía nada, se indignara y saliera con sus tropas a decirles: “¡No son Uds. servidores de la libertad; váyanse a sus casas! ¡Dejen paso a otros que lo sean!”.

Corre el tiempo y nuevamente Carrera derriba la tercera Junta, noviembre de 1811, que se había constituido. Los hombres que la formaban repetían por todas partes que la Junta estaba cumpliendo con su deber, defendiendo la soberanía de Fernando VII.

El visionario, aquel hombre con alma de libertador, no pudo soportar más y, viendo que no encontraba hombres que interpretaran y sirvieran sus anhelos de libertad formó una nueva Junta presidida por él y que tenía como vocales a don José Gaspar Marín y a don Juan Martínez de Rozas. Como este último se encontraba en Santiago, fue remplazado interinamente por O’Higgins.

Carrera tomó el gobierno; fundó “La Aurora”; entregó este periódico a Camilo Henríquez, a don Manuel José Gandarillas y a don Manuel de Salas, y empezó, por medio de él, a hacer una gran campaña de propaganda en favor de los ideales de libertad e independencia. Ya no se hablaba más de mantener la soberanía de Fernando VII. Se hablaba francamente de la soberanía del pueblo, de un gobierno libre, de la independencia plena y absoluta. Se atacaba el origen divino del poder de los reyes. Además de esto, Carrera dio, en septiembre de 1812, una gran fiesta en la que se lució por primera vez la bandera nacional y la escarapela tricolor. Luchaba, pues, con todos los elementos que estaban a su alcance por incrustar en el alma del pueblo los sentimientos de libertad, a fin de crear esa fuerza moral que es el alma colectiva de un pueblo, muchas veces más poderosa que los cañones.

Carrera era un gran psicólogo; comprendía que estas ideas inmateriales, como la libertad y los anhelos de independencia, deben ser materializados en signos, en cosas tangibles, al alcance de los sentidos. Sabía cómo se apegan los pueblos a su bandera, aquel gran símbolo que representa y cristaliza sus amores, recuerdos, tradiciones, triunfos, victorias. Para eso creó la bandera nacional.

Todavía tuvo dificultades con la Iglesia, porque era natural que los sacerdotes, venidos en su mayoría de España, fueran enemigos de la revolución. Carrera deseaba la importante cooperación social de los sacerdotes. Desterró al Obispo realista Rodríguez Zorrilla y trajo de Quillota como Vicario Capitulante a Andreu Guerrero, que entró a la capital con la escarapela tricolor.

Todas estas medidas contribuyeron a formar el alma colectiva, espíritu invencible que nace cuando todos los ciudadanos se juntan alrededor del estandarte representativo de un ideal común.

Viene después la mayor de las revoluciones, cuando Carrera derrocó al Director Supremo de la Lastra.

Los enemigos de Carrera aprovecharon las dificultades de la campaña de 1814 para quitarle el mando del ejército. La Junta formada por Eyzaguirre, Infante y Cienfuegos, en persona, fue a Talca para cumplir aquella injusta misión.

Volvió la Junta a Santiago y echó las campanas a vuelo, diciendo que había quitado el mando del ejército a Carrera y celebrando esto, como una fiesta, como algo triunfal.

Mientras tanto, ocurría que Gáinza venía a marcha forzada sobre Santiago. O'Higgins y Mackenna lo siguieron, se adelantaron a él y O'Higgins le interceptó el paso hacia Santiago, en Quechereguas. Gáinza se vio obligado a atrincherarse en Talca. Su si-

tuación estratégica fue desastrosa. No podía continuar su marcha porque O'Higgins le tenía obstruido el camino en Quechereguas. No le era tampoco posible retirarse al Sur, porque carecía de elementos para pasar el caudaloso Maule, que lo apretaba por la espalda. Estaba amenazado de frente por el ejército de O'Higgins, muy superior al suyo. El comandante de un buque inglés, como obra de milagro, acudió como salvador de Gáinza, proponiendo en aquel momento a los patriotas un arreglo para terminar la guerra con España. Las negociaciones, ya lo sabemos, se tradujeron en el vergonzoso Tratado de Lircay, en el cual Chile renunció definitivamente a su independencia, reconoció la autoridad de Fernando VII y aceptó que el país formara parte integrante de España.

A pesar de las enormes ventajas de este tratado para los españoles, Gáinza quedó con temores de haber sobrepasado sus instrucciones. El Virrey del Perú lo había autorizado sólo para perdonar y olvidar, caso que los chilenos reconocieran sus faltas y pidieran el perdón, que en tal caso se les otorgara. Quiso el General español burlar el Tratado y repasar sorprendentemente el Maule. O'Higgins lo amenazó con atacarlo y cedió en el acto a cuanto se le exigió.

Es fuera de duda que, si el Ejército de Gáinza hubiera sido atacado en esos instantes, en lugar de celebrarse el Tratado de Lircay, los españoles habrían sido completamente despedazados. La guerra de la independencia se habría terminado allí, ahorrando muchos sacrificios y torrentes de sangre.

La Junta de Gobierno de Santiago se esforzaba por vencer a la opinión de las bondades del Tratado de Lircay. Se le presentaba como un sacrificio necesario para conquistar la paz. Mientras esto ocurría los Carrera liberándose de su prisión en Chillán, se fugaron y llegaron a Santiago.

A pesar de que en el Tratado de Lircay se



había dejado establecido que serían libertados todos los prisioneros, en cláusulas secretas se había convenido con de la Lastra en que Carrera no fuera dejado en libertad.

O'Higgins estaba en Talca. Habló con Carrera a su pasada y de la Lastra le hizo muchos cargos por no haberlo detenido; seguramente no lo hizo por prudencia y por el inmenso prestigio de que gozaba Carrera ente la tropa.

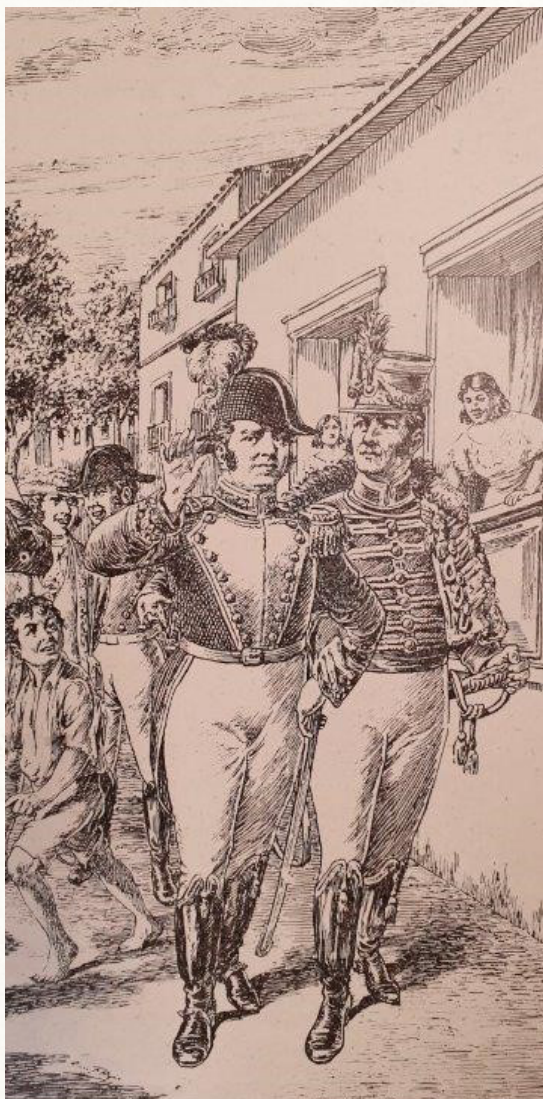
De la Lastra a pesar de esfuerzos, no pudo tomar preso a Carrera que se mantuvo escondido en el fundo de su padre, que quiso irse a la República Argentina. Buscó medios para hacerlo, pero le fue imposible porque la cordillera estaba cerrada, y no tuvo más remedio que esconderse. Pasó dos meses escondido. A Luis Carrera lo procesaron. Llamaron por edicto a José Miguel para que se presentara a dar cuenta en el proceso y el 23 de Julio, día fijado para la comparecencia judicial, don José Miguel, vestido con su uniforme de gran parada, se presentó en la Plaza de Armas, y mandó decir a de la Lastra que estaba a sus órdenes. El pueblo y los batallones se agruparon delirantes alrededor de Carrera, que no tuvo más que apresar a de la Lastra y tomar el gobierno, que el pueblo y el ejército le entregaban.

Esta revolución no la hizo Carrera; la hizo el pueblo. Fue la semilla de los sentimientos de libertad que había sembrado y que producían sus naturales frutos.

Mientras tanto O'Higgins, que tenía el mando de las tropas en el Sur, supo lo que acá ocurría y resolvió no reconocer a Carrera. Se vino a marcha forzada sobre Santiago para quitarle el mando. Llegó O'Higgins a las proximidades de la capital; su adversario le salió

al frente, lo derrotó y lo obligó retirarse. Estaba así encendida la guerra civil.

A todo esto, el Virrey del Perú mandó nuevamente una poderosa expedición bajo las órdenes del General Mariano Osorio, para que sometiera a los sublevados. Ante esta noticia, Carrera escribió a O'Higgins la hermosísima carta siguiente:



“Mi amigo: No Sé si puedo aún hablar a Ud. en este lenguaje. Lo fui verdadero y no disto de serlo, a pesar de los pesares. No sé si es Ud. o si soy el loco y desnaturalizado chileno que quiere envolver a la Patria en ruinas; lo cierto es que no procederé y que Ud. no debe proceder sin que antes nos estrechemos e indaguemos la verdad. En manos de Ud. y mías está la destrucción o salvación de un millón de habitantes que tanto han trabajado por su libertad. Maldecido sea de Dios y de los hombres el que quiera hacer infructuosos tantos sacrificios.

Salvemos a Chile o seamos odiados eternamente,

JOSE MIGUEL CARRERA”

O'Higgins no podía permanecer indiferente ante un llamado de tan noble y elevado patriotismo. Se juntaron en El Monte en un fundo que es hoy de don Pedro Correa Ovalle, y allí está el castaño centenario a cuya sombra tuvo lugar

la entrevista de O'Higgins y Carrera.

Se abrazaron el 4 de septiembre; vinieron a Santiago, recorrieron juntos los cuarteles y se dedicaron a organizar el ejército para ir a detener a Osorio, que marchaba sobre Santiago, a paso redoblado. No lo pudieron detener al pasar el Cachapoal. Vino en seguida toda

la historia del desastre de Rancagua, a que ya me he referido anteriormente.

A Carrera se le acusa de impetuoso, de ambicioso, de turbulento. Sí; era impulsivo como es impulsivo todo hombre que siente en su pecho un ideal grande y noble cuya realización persigue con ansias. Él quería la libertad de su Patria y sentía aquel impulso en forma violenta, que lo obligaba en todo momento a olvidar su persona y su vida para alcanzar el objetivo de su existencia. Carrera era revolucionario, pero no un demolidor; queda comprobado en qué consistieron sus revoluciones, y la plena justificación de ellas. Él tenía la ambición de ver la grandeza de su Patria; no buscaba el poder por el poder. Conocía la poca acción de los hombres que lo rodeaban y, como su superioridad era indiscutible, sentía el impulso y la necesidad de dirigir personalmente los acontecimientos, como el único medio de alcanzar el fin perseguido.

Este hombre con todos sus defectos encarnaba el sentimiento de la revolución, y seguramente, si no hubiera vivido Carrera, la independencia se hubiera retardado muchos años. No se habría formado el anhelo colectivo de libertad e Independencia, no se habría creado esa fuerza inmaterial, que vale muchas veces más que las armas, por poderosas que ellas sean.

O'Higgins tuvo su recompensa: experimentó la felicidad inmensa de ver a su Patria libre. Carrera, llevado por una serie de fatalidades, no vio nada sino dolores sacrificios e injusticias. En pago de sus inmensos servicios, sufrió la afrenta del patíbulo. Si hacemos una reparación a O'Higgins, erigiendo un Templo en su honor, hagámosla extensiva también a Carrera.

Entrego esta mi modesta opinión a la consideración del Gobierno de la República; la entrego al sentimiento justiciero del País; la confío al cariño de los jóvenes que están en aquella edad de la vida en que se rinde culto sano a la justicia y al deber. En esta época de confusionismo, en que todavía se mantienen vivas y candentes las luchas de los o'hgginistas y carrerinos, es menester que vayamos despejando el camino, eliminando los motivos que nos dividen y creando un solo sentimiento, una aspiración común, que es la gratitud por todos los que sufrieron, se sacrificaron y murieron por darnos Patria y Libertad.

En fin al amparo de aquella aspiración que yo proclamo y que es un estallido de mi alma, unamos a O'Higgins y a Carrera en el Templo de la inmortalidad, para que desde allí nos enseñen que no hay rencores que puedan mantenerse ni pasiones que puedan alimentarse cuando está de por medio el sagrado interés de la Patria.

“El odio nada engendra; sólo el amor es fecundo. Al servicio de tan noble ideal reunamos en el altar de la Patria a Carrera y a O'Higgins para que ambos eleven una oración suprema por la grandeza, prosperidad y bienestar de nuestro amado Chile.”

Arturo Alessandri Palma

Como es sabido tan noble propuesta no fue concretada, pero ha sido importante conocer el pensamiento de un hombre tan relevante en nuestra vida republicana, y que fue un estudioso de nuestra historia. Así se demuestra con la exposición de tan sólidos argumentos que enaltece la figura de nuestro prócer Don José Miguel Carrera Verdugo.

Bibliografía:

Chile y su Historia Tomo I Arturo Alessandri Palma.

¿Sabía usted cuándo se izó la primera bandera chilena?



Esta bandera, creada por Carrera, fue exhibida entrelazada con la de Estados Unidos el 4 de julio de 1812 en el Consulado de ese país en Santiago.

(Imagen: Teresa Pazos Galindo)